

EDITORIAL

Posmodernidad e identidad: ¿hacia dónde vamos?

¿La crisis *en la* posmodernidad (o es la crisis *de la* posmodernidad)? Varias señales se presentan como características de esta posible crisis. Se puede comenzar describiendo al sujeto, un ser inconcluso que se completa a sí mismo en la muerte¹. Esto lleva a reflexionar sobre cómo, en todo momento, el ser humano está en proceso de cambio. Porque es así, no es fijo, y no debería serlo, pero esto justifica la fluidez que rodea a las identidades². Dado que es así, forzar un patrón tiene la intención de llegar a la conclusión del sujeto antes de su muerte. ¿Es eso posible?

En la breve búsqueda de comprensión, un problema posmoderno que surge, entre otros factores, es el proceso de globalización. Al mismo tiempo que se espera que los sujetos se ajusten a las demandas del mercado, la sociedad y la familia, surgen cuestiones relacionadas con las identidades en el campo de los comportamientos, los sentimientos, la sexualidad, el género, entre otros. Constituidas por este amplio espectro, se espera que los sujetos sean múltiples y diversos en sí mismos. Al mismo tiempo, se espera que todas estas cuestiones globales se respondan de manera estandarizada. Es necesario defender que las diferencias deben reconocerse y debatirse, que hay que vivir con todas ellas.³

El concepto de descentralización subjetiva aborda la crisis de las identidades singulares, de raza y de nación. En el pensamiento de algunos autores que escriben sobre las ciudades, la hibridez cultural y el tema de la subjetividad^{4,5}, el individuo es razonado como una identidad en crisis, debido a las múltiples expectativas que existen sobre él y a su dificultad para adaptarse a una demanda tan grande y compleja.

Esto pasa por la infancia, en la educación escolar formal e informal, con una alta inversión. Hay una familia expectante que se pone en un individuo así, haciéndolo responsable de tener éxito. También se espera que tenga una identidad heteronormativa de género y sexualidad, en el desafío de perpetuar esta familia y sus valores, transmitiendo esta herencia a sus futuros hijos. En el caso de las familias financieramente exitosas, existe el complejo juego del capital, el mantenimiento del poder y el estatus.

Entonces, ¿es posible decir que estamos mejor repensando los valores, la tolerancia, con las identidades de género y sexualidad, aceptando la fluidez de estas identidades como marcas actuales? En la complejidad de este debate, hay un consenso de que estamos en la posmodernidad, con exigencias que la modernidad no tenía. Así, aún con tan pocas referencias, se abre el camino para la percepción de que la crisis de identidad puede entenderse desde una de sus características más llamativas: la descentralización del sujeto.

El ideal humanista del hombre comenzó a perder sentido cuando sus fronteras ya no eran suficientes para sostener su integridad, su legitimidad, su seguridad y su lugar. Hay quienes dicen que la crisis individual de las identidades singulares se suma a la crisis colectiva de las identidades

nacionales⁶. Lo que hemos vivido es un proceso de globalización que denota la fluidez de las fronteras nacionales, igualmente difusa, que en sí misma desterritorializa cualquier fijeza.

Cualquier valor fijo de la familia, la educación, el trabajo, la posición o la nacionalidad está sujeto a cambios debido a múltiples influencias, la necesidad del mercado, la caída de barreras previamente culturales. Los movimientos estadounidenses, japoneses, rusos y afganos van y vienen a través de todo el mundo de múltiples maneras. Se trata de discursos que encuentran acomodo en diferentes personas de todo el mundo y terminan actuando sobre ellas y configurando sus identidades⁷.

Por lo tanto, el desplazamiento y la descentralización son los que han constituido el universo posmoderno, y es necesario comprender las identidades fluidas de esta cultura y la posmodernidad, y sus consideraciones que tienen que ver con la identidad cultural. En esto, es importante recordar que el "sistema" puede ser entendido como el locus de las esferas económicas y burocráticas, cuya principal característica es tener como centro de control el capital financiero y el poder. Se trata de dos elementos que sustituyen al lenguaje en los procesos de comprensión y son responsables de la tecnificación del mundo, de la vida, de las personas y de las sociedades⁸. Hemos vivido tiempos difusos y contradictorios, que requieren *individuos* ajustados y multifacéticos. Pero, ¿cómo serlo? Para Habermas^{9:230}:

... aislado y suelto, que se encuentra en múltiples roles y se enfrenta a múltiples posibilidades de elección; Y tiene que tomar estas decisiones bajo las condiciones del sistema, de las que no puede disponer. Como miembro de la organización, coparticipe del sistema, el individuo afectado por la inclusión subyace a otro tipo de dependencia. El miembro incorporado debe ajustarse a los medios de dirección, como el dinero y el poder administrativo. Éstos ejercen un control de la conducta que individualiza, por un lado, adaptándose a la elección del individuo singular, dirigido a través de preferencias; Por otro lado, el control de la conducta también es estandarizador porque solo permite posibilidades de elección en una dimensión previamente dada, de tener o no tener, mandar u obedecer.

Al ampliar el debate sobre las ciudades, en el pensamiento de Jacques Le Goff⁴, se intentó acercar la identidad a la nacionalidad, en el ritmo humano de la vida social, de modo que la realización en la vida urbana pudiera alcanzarse como ideal del propio humanismo, fundamento que alcanza la decadencia en el período posmoderno.

Además, una crítica a la representación del extranjero como personaje obsoleto en el mundo globalizado. El distanciamiento del otro extraño es una de las formas de descentralización, y con eso, ya nada es estable. La cultura de lo inestable ha pasado a dar importancia a las situaciones efímeras, ya que las situaciones de larga duración son percibidas e identificadas como tradicionales⁴.

El reverso de lo efímero es lo tradicional, pero lo tradicional posee un poder de congelación de acciones y pensamientos y, como tal, es negado. *¿Y el sujeto? ¿Es posible que se mantenga firme y estable? ¿Seguiría centrándose en las viejas instituciones sociales?* El punto es que está confuso, volátil, por la fugacidad de lo que le parecía fijo y estable.

La crisis de identidad en la cultura posmoderna, la crisis de la posmodernidad, es la crisis de este individuo que definitivamente no es, y nunca será, un sujeto, hasta su muerte, cuando se haya completado¹. Esta breve descripción es demasiado simplista. Es un intento de comparar a la sociedad

como responsable directa de la ruptura con los patrones tradicionales y de los conflictos de una generación que ha perdido la fijeza de cualquier valor o rasgo.

De esta manera, aunque sea brevemente, se refuerza esta descentralización del sujeto, que debe entenderse no como algo que se buscó y se quiso, sino como una crisis que ha expuesto a toda una generación y ha traído conflictos sobre lo que piensan incluso de sí mismos. En este campo de incertidumbres, quizás la más importante sea la crisis de identidades. El llamado mundo posmoderno ha eliminado cualquier punto de referencia, exigiendo que el individuo se constituya firmemente en un universo de referencias que no aportan seguridad¹⁰.

Más que un culto a lo efímero, la posmodernidad puede entenderse como un momento crítico y doloroso para el ser humano y sus referentes centrales que se han descentralizado por completo. Por lo tanto, todo lo que se produce, se crea y se toma como referencia académica, de vida y de la sociedad en el tiempo presente debe ser percibido como temporal.

¡Buena lectura!

REFERÊNCIAS

1. Foucault M. Ditos e Escritos volume IV. Rio de Janeiro: Forense Universitária; 2004. 464 p.
2. Hall S, Woodward K. Identidade e Diferença. Petrópolis: Editora Vozes; 2003. 133 p.
3. Santos WB. Adolescência heteronormativa masculina: entre a construção obrigatória e a desconstrução necessária. São Paulo: Intermeios; 2016. 176 p.
4. Le Goff J. Por amor às cidades: conversações com Jean Lebrun. São Paulo: Fundação Editora da UNESP; 1988. 160 p.
5. Kristeva J. Estrangeiros para nós mesmos. Rio de Janeiro: Rocco; 1994. 176 p.
6. Hall S. A identidade cultural na pós-modernidade. 11ª. ed. Rio de Janeiro: DP&A; 2006. 102 p.
7. Foucault M. História da sexualidade: a vontade de saber. Rio de Janeiro: Graal; 2007. Vol. 1. 176 p.
8. Habermas J. Teoría de la acción comunicativa: crítica de la razón funcionalista (Tomo II). Madrid: Taurus; 1992. 689 p.
9. Habermas J. Pensamento pós-metafísico: estudos filosóficos. Rio de Janeiro: Tempo Brasileiro; 1990. 271 p.
10. Burshatin I. The Moor in the text: metaphor, emblem, and silence. In: Gates Jr HL (ed.). "Race", writing and difference. Chicago/London: The University of Chicago Press; 1999.

 **Welson Barbosa Santos**

Instituto de Ciencias Exactas y Naturales del Pontal, Facultad de Ciencias Integradas del Pontal, Universidade Federal de Uberlândia (UFU). Ituiutaba/MG, Brasil.

 **Paulo Vitor Teodoro**

Instituto de Ciencias Exactas y Naturales del Pontal, Facultad de Ciencias Integradas del Pontal, y Programa de Maestría en Enseñanza de Ciencias y Matemática de la UFU. Ituiutaba/MG, Brasil.



Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons